

El Procesador de Palabras de los Dioses

Stephen King

A primera vista parecía un procesador de palabras Wang..., tenía un teclado Wang y un revestimiento Wang. Solamente cuando Richard Hagstrom le miró por segunda vez vio que el revestimiento había sido abierto (y no con cuidado, además; le pareció como si el trabajo se hubiera hecho con una sierra casera) para encajar en él un tubo catódico IBM ligeramente más grueso. Los discos de archivo que habían llegado con ese extraño bastardo no eran nada flexibles; eran tan duros como los disparos que Richard había oído de niño.

-Por el amor de Dios, ¿qué es esto? -preguntó Lina, cuando él y Mr. Nordhoff lo trasladaron penosamente hasta su despacho. Mr. Nordhoff había sido vecino de la familia del hermano de Richard Hagstrom... Roger, Belinda y su hijo Jonathan.

-Una cosa que construyó Jon -explicó Richard-. Dice Mr. Nordhoff que quería que yo tuviera. Parece un procesador de palabras.

-Eso es -dijo Mr. Nordhoff. Tenía más de sesenta años y respiraba con dificultad-. Esto mismo fue lo que dijo que era, pobrecillo... ¿Cree que podríamos descansar un momento, Mr. Hagstrom? Estoy sin aliento.

-No Faltaba más -respondió Richard y llamó a su hijo, Seth, que estaba fabricando acordes extraños y átonos en su guitarra "Fender", abajo..., la habitación que Richard había destinado como "cuarto de estar" cuando lo había empapelado, se había transformado en "sala de ensayo" de su hijo-. Seth -gritó-. Ven a echarnos una mano.

Abajo, Seth siguió arrancando acordes a su "Fender". Richard miró a Mr. Nordoff y se encogió de hombros, avergonzado e incapaz de disimularlo. Nordhoff hizo lo mismo como si quisiera decirle: ¡Los chicos! ¿Quién puede esperar nada bueno de ellos hoy en día? Excepto que ambos sabían que Jon, el hijo de su hermano loco... había sido estupendo.

-Ha sido usted muy amable ayudándome con esto- dijo Richard.

-¿Qué otra cosa puede hacer un viejo con el tiempo que le sobra? Y creo que es lo menos que puedo hacer por Jonny. Venía a recortarme el césped, gratis, ¿sabe? Quería pagarle, pero el muchacho no lo aceptó nunca. Era un gran chico... -Nordhoff seguía ahogándose-. ¿Podría darme un vaso de agua Mr. Hagstrom?.

-Claro. -Se lo fue a buscar él mismo cuando su mujer ni se movió de la cocina donde estaba leyendo una novelucha y comiendo galletas-. ¡Seth! -volvió a llamar-. Sube y ayúdanos ¿quieres?

Pero Seth siguió tocando sus acordes amortiguados y feos en la "Fender" por lo que Richard estaba aún pagando.

Invitó a Nordhoff a que se quedara a cenar, pero Nordhoff se excusó cortésmente. Richard lo aceptó, de nuevo avergonzado pero disimulándolo mejor esta vez. ¿Qué hace un tipo estupendo como tú con una familia como ésta?, le pregunto un día su amigo Bernie Epstein, y Richard sólo había podido mover la cabeza, sintiendo la misma embarazosa vergüenza que sentía ahora. Era un buen tipo, y ya ven, esto era lo que le había tocado..., una mujer gorda y aburrida que se sentía estafada por no tener lo mejor de la vida, que sentía que había apostado por un caballo perdedor (pero que era incapaz de atreverse a decirlo) y un hijo de quince años, nada comunicativo y que trabajaba lo menos posible en la misma escuela donde Richard enseñaba..., un hijo que tocaba horripilantes acordes en la guitarra, mañana, tarde y noche (sobre todo por la noche) y que parecía pensar que aquello le bastaría para salir adelante.

-Bueno, ¿y qué me dice de una cerveza?- preguntó Richard. Se resistía a dejar marchar a Mr. Nordhoff..., quería oír más sobre Jon.

-Una cerveza me encantaría- dijo Nordhoff, y Richard se lo agradeció.

-Mangnífico- y se fue a buscar un par de "Buds".

Su despacho estaba en un pequeño pabellón, más como un cobertizo, separado de la casa y, lo mismo que el cuarto de estar, se lo había arreglado él mismo. Pero, al contrario del cuarto de estar, éste era un lugar que consideraba propio..., un lugar donde podía aislarse de la forastera con la que se había casado y del extraño que había concebido.

-A lina, por supuesto, no le parecía bien que él tuviera un refugio personal, pero no lo había podido evitar..., había sido una de las pocas, pequeñas, victorias que él había conseguido obtener. Suponía que, en cierto modo, ella sí había apostado por un perdedor... Cuando se casaron, dieciséis años atrás, ambos creían que él escribiría novelas maravillosas y lucrativas y que no tardarían en circular en sendos "Mercedes-Benz". Pero la única novela que publicó no había sido lucrativa y los críticos no tardaron en decir que tampoco era buena. Lina había visto las cosas desde el mismo punto de vista que los críticos y esto había sido el principio de su distanciamiento.

Así que las clases en la escuela superior, que ambos habían creído que no serían más que una escalera hacia la fama, la gloria y la riqueza, eran su principal fuente de ingresos desde hacía quince años..., una interminable escalera, se decía a veces. Pero jamás había abandonado su sueño. Escribía cuentos y algún que otro artículo. Era miembro, bien considerado, de la Hermandad de Autores. Ganaba unos 5.000 dólares extra todos los años, con su máquina de

escribir, y por mucho que Lina protestara, aquello le daba derecho a su propio estudio..., especialmente dado que ella se negaba a trabajar.

-Un sitio estupendo- dijo Nordhoff, contemplando la pequeña estancia con su abundancia de antiguos grabados en las paredes.

El procesador bastardo estaba sobre la mesa con el CPU guardado debajo. La vieja "Olivetti" eléctrica de Richard había sido colocada, de momento, encima de uno de los ficheros.

-Es lo que necesito -contestó Richard. Con la cabeza señaló el procesador-. ¿Cree que esto va a funcionar? Jon sólo tenía catorce años.

-Es un poco raro, ¿verdad?

-Ya lo creo- asintió Richard.

-No conoce ni la mitad -rió Nordhoff-. Eché una mirada por detrás del vídeo. Algunos de los cables llevan impreso IBM, y algunos "Radio Shack". Ahí metido hay gran parte de un teléfono "Western Electric". Y, créalo o no, hay un pequeño motor procedente de un "Erector Set". - Sorbió la cerveza y dijo, reminiscente-: Quince. Acababa de cumplir quince. Un par de días antes del accidente...- Pasados unos segundos repitió, mirando la botella de cerveza-. Quince -pero lo dijo en voz baja.

-Eso es. "Erector Set" fabrica un pequeño modelo eléctrico. Jon tenía uno, desde que era..., oh, desde los seis años. Se lo regalé un año por Navidad. Ya entonces le volvían loco las cosas mecánicas. Cualquier aparatito le encantaba, así que imagine lo que fue aquella caja de pequeños motores "Erector Set" para él. Le debió encantar. Lo guardó por más de diez años. Pocos niños lo hacen, Mr. Hagstrom.

-Es verdad -asintió Richard pensando en la cantidad de cajas de juguetes de Seth que había tirado en aquellos años..., rotos, olvidados, destrozados por el placer de destrozarse. Miró el procesador de palabras-. Entonces seguro que no funciona.

-No lo diga hasta que lo haya probado -advirtió Nordhoff-. El muchacho era lo más parecido a un genio electrónico.

-Creo que está exagerando. Sé que era hábil con la mecánica, y que ganó el premio de la Feria Estatal de la Ciencia, cuando estaba en sexto grado...

-Competiendo con muchachos mucho mayores que él..., alguno de ellos de la Escuela Superior. Por lo menos esto fue lo que dijo su madre.

-Es cierto. Todos estuvimos muy orgullosos de él. Pero no era exactamente verdad. Richard se había sentido orgulloso, y la madre de Jon también; al padre del muchacho le importaba un bledo.

-Pero una cosa son los proyectos de la feria de la Ciencia y otra construir tu propia máquina de palabras... -se encogió de hombros.

Nordhoff dejó su cerveza:

-Allá por los cincuenta, un chico fabricó un propulsor atómico con dos latas de sopa y un equipo eléctrico por valor de cinco dólares. Jon me lo contó. También me dijo que había un chico en alguna ciudad rural de Nuevo México que descubrió los taquiones... partículas negativas que por lo visto pueden viajar hacia atrás a través del tiempo..., en 1954. Y un niño de Waterbury, Connecticut, de once años, que fabricó una bomba con el plástico de arrancó de las cartas de una baraja. Con ella voló una caseta de perro, vacía. Los chicos raros, a veces. Sobre todo los genios. Le sorprendería.

-A lo mejor. Puede que me sorprenda.

-En Todo caso, era un muchacho estupendo.

-Usted le quería un poco ¿verdad?

-Le quería mucho, Mr. Hagstrom -confesó Nordhoff-. Era realmente estupendo.

Y Richard pensó en lo extraño que era..., su hermano, que había sido un verdadero desastre desde la niñez, había encontrado una mujer magnífica y un hijo inteligente. El mismo, que siempre había tratado de ser amable y bueno, (lo que podía significar "bueno" en este mundo de locos) se había casado con Lina que se hizo una mujer silencio, desastrada, y con ella había tenido a Seth. Mirando ahora el rostro honrado, sincero y cansado de Nordhoff, se encontró preguntándose cómo había podido ocurrir y cuánto había sido por su culpa, como resultado natural de su propia y callada debilidad.

-Sí -dijo Richard- realmente lo era.

-No me sorprendería que esto funcionara -comentó Nordhoff-. No me sorprendería nada.

Y después de que Nordhoff se fuera, Richard Hagstrom había enchufado el procesador y lo había puesto en marcha. Oyó un zumbido, y esperó a ver si las letras IBM aparecían en la pantalla. No aparecieron. En cambio, misteriosamente, como una voz de la tumba, de la oscuridad subieron unas palabras, fantasmas verdes: ¡FELIZ CUMPLEAÑOS, TÍO RICHARD! JON.

-¡Cristo! -murmuró Richard cayéndose sentado. El accidente que había matado a su hermano, su esposa y su hijo, había ocurrido dos semanas antes...Regresaban de una excursión, y Roger estaba borracho. Estar borracho era algo perfectamente ordinario en la vida de Roger Hagstrom. Pero esta vez la suerte le había vuelto la espalda y había conducido su destartalado y viejo coche hasta el borde de un precipicio. Se estrelló y ardió. Jon tenía catorce años, no, quince. Quince recién cumplidos, dos días antes del accidente, dijo el viejo. Tres años más y se hubiera liberado de aquel pedazo de oso estúpido. Su cumpleaños... y el mío poco después.

Dentro de una semana. El procesador de palabras había sido el regalo de cumpleaños de Jon. Esto empeoraba la cosa. Richard no sabía bien por qué, o cómo, pero así era. Alargó la mano para apagar la pantalla, pero la retiró al momento.

Un chico fabricó un propulsor atómico con dos latas de sopa y piezas de coche, eléctricas, por valor de cinco dólares.

Sí, claro, y las cloacas de la ciudad de Nueva York están llenas de cocodrilos y las F.A. de USA guardan el cuerpo congelado de un extraterrestre en alguna parte de Nebraska. Cuéntame algo más. ¡Trolas! Pero quizás es que hay algo que no quiero saber con seguridad.

Se levantó, pasó por detrás y miró el vídeo a través de las rendijas. Sí, tal como había dicho Nordhoff. Cables marcados RADIO SHACK MADE IN TAIWAN. Cables marcados WESTERN ELECTRIC y WETREX y ERECTOR SET, con la r de la marca metida en el pequeño círculo y vio algo más también, algo que se le había escapado a Nordhoff, o que no había querido mencionar. Había un transformador de tren Lionel, envuelto en alambres como la novia de Frankenstein.

-¡Cristo! -repitió riendo, pero al borde de las lágrimas-. Cristo, Jonny, ¿qué creíste que estabas haciendo? Pero también conocía esta respuesta. Había soñado y hablado de que llevaba años deseando poseer un procesador de palabras, y cuando la risa de Lina se hizo demasiado sarcástica para poder soportarla, lo había comentado con Jon:

-Podría escribir más de prisa, repasar y corregir más de prisa, y producir más- recordó habérselo contado a Jon el pasado verano...

El muchacho le había mirado gravemente, con sus ojos azul claro, inteligentes, pero siempre cuidadosamente cautos, agrandados por los cristales de sus gafas.

-Sería estupendo..., realmente estupendo.

-¿Y por qué no te compras uno, tío Rich?

-No los regalan precisamente -contestó Richard sonriendo-. El modelo "Radio Shack" cuesta cerca de tres mil. De ahí puedes ir subiendo hasta llegar al de dieciocho mil dólares.

-Bueno, a lo mejor te hago uno algún día- había dicho Jon.

-A lo mejor- le había contestado Richard dándole una palmada en la espalda. Y hasta que llegó Nordhoff, no había vuelto a pensar en aquello.

Cables de la tienda para aficionados a los modelos eléctricos. Un transformador de tren Lionel.

¡Cristo!

Volvió a la parte delantera dispuesto a apagarlo, como si intentar escribir algo y fracasar, fuera algo así como mancillar lo que su frágil y delicado (predestinado) sobrino había dispuesto.

Por el contrario, apretó el botón EXECUTE en el tablero. Un estremecimiento extraño recorrió su espinazo al hacerlo...EXECUTE era una extraña palabra de que servirse, si uno lo pensaba un poco. No era una palabra que pudiera asociarse con la escritura; era una palabra que asociaba con cámaras de gas y sillas eléctricas..., y quizás con coches viejos y destartalados saltando fuera de las carreteras.

EXECUTE

El aparato zumbaba con más ruido que el que hacían cualquiera de los que había oído cuando los contemplaba en los escaparates, en realidad casi rugía. ¿Qué hay en la sección de memoria, JON? Se preguntó-. ¿Muelles? ¿Transformadores Lionel puestos en fila? ¿Latas de sopa? Volvió a recordar los ojos de Jon, su rostro pálido y delicado. ¿No era extraño, quizás incluso morboso, tener celos del hijo de otro hombre?.

Pero debió haber sido mío. Lo sabía..., y creo que él también lo sabía. Luego estaba Belinda, la esposa de Roger. Belinda, que llevaba gafas de sol incluso en los días nublados, de las grandes, porque las marcas alrededor de los ojos tienen la mala costumbre de extenderse. Pero, a veces la miraba, sentada quieta y vigilante a la sombra de la risa escandalosa de Roger, y pensaba también casi lo mismo: Debía de haber sido mía.

Era un pensamiento espantoso, porque ambos hermanos habían conocido a Belinda en la escuela superior y ambos habían salido con ella. Él y Roger se llevaban dos años de diferencia y Belinda estaba perfectamente entre los dos, un año mayor que Richard y un año más joven que Roger. Richard había sido el primero en salir con la muchacha que con el tiempo iba a ser madre de Jon. Luego se había interpuesto Roger, Roger que era mayor que ella, y más fuerte, y que siempre conseguía lo que quería. Roger que era capaz de lastimar si uno trataba de cruzarse en su camino. Tuve miedo. Tuve miedo y dejé que se me escapara. ¡Fue tan sencillo! Que Dios me valga, creo que sí. Me gustaría pensar que ocurrió de otro modo, pero tal vez es mejor no mentirse respecto a cosas como la cobardía. Y la vergüenza.

Y si aquello era verdad..., si Lina y Seth hubieran pertenecido al sinvergüenza de su hermano, y si belinda y Jon hubieran sido suyos, ¿qué demostraba? ¿Y cómo una persona bien pensante podía entretenerse con semejantes absurdos, semejantes locuras? ¿Se rió? ¿Gritó? ¿Se pegó un tiro por su cobardía?

No me sorprendería que esto funcionara. No me sorprendería nada.

EXECUTE

Sus dedos se movieron ágiles sobre el teclado. Miró la pantalla y vio esas letras flotando, verdes, sobre la superficie de la pantalla.

MI HERMANO ERA UN BORRACHO INDECENTE.

Flotaban allí, delante de él, y Richard recordó de pronto un juguete que había tenido de pequeño. Se llamaba Ocho Bolas Mágicas. Se le formulaba una pregunta que podía contestarse con sí o con no, y entonces se hacía funcionar el Ocho Bolas Mágicas para ver lo que tenía que decir sobre la pregunta... Sus respuestas eran una farsa, pero en cierto modo atractivamente misteriosas, decían cosas como ES CASI SEGURO, YO NO PENSARÍA EN ELLO, y VUELVE A PREGUNTARLO.

Roger estaba celoso del juguete y por fin, un día, después de obligar a Richard a que se lo regalara, Roger lo había tirado contra la acera con tanta fuerza como pudo y lo rompió. Luego se había reído. Ahora, sentado aquí, escuchando el extraño ruido del interior del aparato que Jon había construido, Richard recordó cómo se había desplomado en la acera, llorando, incapaz de creer que su hermano hubiera podido hacerle tal cosa.

Nene llorón, nene llorón, mirad al nene llorón -se había burlado Roger-. No era otra cosa que un juguete barato, de mierda, Richie. Fíjate no había más que un montón de letras y mucho agua.

-¡VOY A CONTARLO! -había chillado Richard con todas sus fuerzas. Le dolía la cabeza. Tenía la nariz taponada por tantas lágrimas de desesperación-. ¡CONTARÉ LO QUE HAS HECHO, ROGER! SE LO CONTARÉ A MAMÁ.

-Si lo cuentas te romperé el brazo- le amenazó Roger, y en su sonrisa glacial Richard vio que lo decía en serio. No lo contó.

MI HERMANO ERA UN BORRACHO INDECENTE.

Bueno, montado misteriosamente o no, la pantalla quedaba escrita. Si era o no capaz de retener información, quedaba por ver, pero el empalme que había hecho Jon de un tablero Wang a una pantalla IBM, había funcionado. No creía que fuera culpa de Jon el hecho de que, por coincidencia, despertara en él desagradables recuerdos.

Miró a su alrededor y sus ojos se fijaron en la única fotografía que había allí y que él no había elegido ni le gustaba. Era un retrato de Lina, su regalo de Navidad de dos años atrás. Quiero que la cuelgues en tu despacho, le había dicho y, naturalmente, lo había hecho así. Suponía que era una forma de vigilarle cuando ella no estuviera. NO te olvides de mí, Richard. Estoy aquí. Puede que apostara por un caballo perdedor, pero todavía estoy aquí. Y será mejor que no lo olvides.

El retrato con su colorido artificial no hacía juego con los grabados de Whistler, Homer y N.C. Wyeth. Los ojos de Lina estaban entrecerrados, sus gruesos labios formaban algo que no acababa de ser una sonrisa. Sigo aquí, Richard, le decía aquella boca. Y que no se te olvide.

Tecleo: LA FOTO DE MI MUJER ESTÁ COLGADA EN LA PARED OESTE DE MI DESPACHO.

Contempló las palabras y le gustaron tan poco como la propia fotografía. Apretó el botón DELET. Las palabras desaparecieron. Ahora ya no quedaba nada en la pantalla excepto el firme latido del cursor. ;miró hacia la pared y vio que la fotografía de su mujer también había desaparecido.

Permaneció sentado allí, durante un buen rato..., por lo menos así se lo pareció..., mirando la pared donde había estado la fotografía. Lo que finalmente le sacó del atontamiento producido por el shock de absoluta incredulidad, fue el olor del CPU..., un olor que recordaba las Ocho Bolas Mágicas que Roger le había roto porque no era suyo. El olor era del fluido del transformador del tren eléctrico. Cuando se olía había que desenchufarlo rápidamente para que el aparato pudiera enfriarse.

Y así lo haría.

Dentro de un minuto.

Se levantó y anduvo hasta la pared sobre unas piernas que no sentía. Pasó la mano por el revestimiento "Armstrong" de la pared. La fotografía había estado allí, sí, precisamente aquí. Pero ya no estaba, y el clavo en el que estaba colgada también se había ido, y no había rastro de ningún agujero donde él había atornillado el clavo en el revestimiento.

Ido.

El mundo se le volvió gris de pronto y dio unos traspiés hacia atrás, creyendo, vagamente, que se iba a desmayar. Se contuvo, sombrío, hasta que todo volvió a enfocarse de nuevo.

Recorrió con la vista desde el lugar vacío, donde había estado antes la fotografía de Lina, al procesador que su difunto sobrino había logrado componer.

Le sorprendería, oía mentalmente a Nordhoff diciéndole: Le sorprendería, le parecería sorprendente, oh, sí, enterarse de que un niño, en los años cincuenta, pudiera descubrir partículas que viajaban hacia atrás en el tiempo, le sorprendería lo que el genio de su sobrino era capaz de hacer con un montón de elementos desaparejados, unos cables y unas piezas eléctricas. Le sorprendería sentir que se está volviendo loco.

El olor del transformador era cada vez más intenso, mas acusado y podía ver unas volutas de humo que salían de la envoltura junto a la pantalla. También el ruido del CPU era más fuerte. Iba siendo hora de desconectarlo... Por listo que hubiera sido Jon, aparentemente no había tenido tiempo de solucionar todos los tropiezos de aquel loco aparato.

Pero ¿sabía acaso que iba a hacer aquello?

Sintiéndose como un ser quimérico, Richard volvió a sentarse ante la pantalla y escribió:

LA FOTOGRAFÍA DE MI MUJER ESTÁ EN LA PARED.

Lo leyó volvió a mirar el teclado, y luego apretó el botón: EXECUTE.

Miró la pared.

La fotografía de Lina volvía a estar otra vez donde había estado siempre.

-Jesús -musitó-. Cristo Jesús.

Se pasó la mano por la mejilla, miró el teclado (ahora no había nada excepto el cursor) y escribió:

EL SUELO ESTÁ VACÍO.

Luego, apretó el botón INSERT, y volvió a escribir:

EXCEPTO POR DOCE MONEDAS DE ORO DE VEINTE DÓLARES EN UNA PEQUEÑA BOLSA DE ALGODÓN.

Apretó EXECUTE.

Miró al suelo donde había, ahora, una pequeña bolsa de algodón, blanco, con un cordón que le cerraba. Sobre la bolsa y escrito en tinta negra, algo descolorida, se leía WELLS FARGO.

-Santo Dios -se oyó decir en una voz que no era suya- Santo Dios, Santo Dios...

Hubiera podido seguir invocando el nombre del Salvador por unos minutos más, o por una hora, si el procesador de palabras no le hubiera reclamado insistentemente con su bip bip. Escrito en la parte alta de la pantalla se leía la palabra SOBRECARGA.

Richard lo apagó todo precipitadamente y abandonó el despacho como si le persiguieran todos los demonios del infierno. Pero antes de salir recogió la bolsita de algodón y se la guardó en el bolsillo del pantalón.

Cuando llamó a Nordhoff aquella noche, soplaban un helado viento de noviembre que parecía un lamento de gaitas por entre los árboles. El grupo de Seth estaba abajo, destrozando una melodía de Bob Seger. Lina había ido a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro a jugar bingo.

-¿Funciona el aparato?- preguntó Nordhoff.

-Funciona perfectamente -contestó Richard. Metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda. Era pesada..., más pesada que un reloj "Rolex". En una de las caras había un águila de perfil recortado, en relieve, junto con la fecha 1871-. Funciona de un modo increíble.

-Lo creo -dijo Nordhoff impasible-. Era un muchacho muy inteligente y le quería a usted mucho, Mr. Hagstrom. Pero tenga cuidado. Un chico no es más que un chico, listo o no, y el amor puede estar mal dirigido. ¿Entiende lo que quiero decirle?.

Richard no entendía nada. Sentía calor y estaba febril. El periódico de aquel día decía que el precio del oro en el mercado era de 514 dólares la onza. Las monedas habían pesado una media de 4.5 onzas cada una, en su balanza postal. Al precio del mercado, aquello sumaba 27.756 dólares. Sospechó que eso era solamente la cuarta parte de lo que podía sacar si vendía las monedas como monedas.

-Mr. Nordhoff, ¿podría usted venir? ¿Ahora? ¿Esta noche?

-No. No creo que quiera hacerlo, Mr. Hagstrom. Creo que esto debe quedar entre usted y Jon.

-Pero...

-Recuerde solamente lo que le dije. Por Dios, tenga cuidado- se oyó un pequeño clic y Nordhoff se había ido.

Media hora más tarde volvía a estar en su despacho, contemplando el procesador de palabras. Tocó la tecla ON/OFF pero sin haberlo enchufado aún. La segunda vez que Nordhoff lo dijo, Richard lo había oído perfectamente. Por el amor de Dios, tenga cuidado. Sí. Debía tener cuidado. Una máquina que podía hacer aquello...

¿Cómo podía una máquina hacer tal cosa?

Ni idea..., pero en cierto modo, hacía aceptable toda aquella locura. Él era profesor de lengua inglesa y escritor a veces, no un técnico, y había un interminable número de cosas cuyo funcionamiento desconocía: fonógrafos, motores de gasolina, teléfonos, televisores, y la cadena del depósito del inodoro. Su vida había sido una historia de comprensión de operaciones más que de principios. Había alguna diferencia, aquí, ¿excepto de grado?

Conectó la máquina, Como la primera vez, le dijo: ¡FELIZ CUMPLEAÑOS, TÍO RICHARD! JON. Apretó el botón EXECUTE y el mensaje de su sobrino desapareció.

Esta máquina no durará mucho, se le ocurrió de pronto. Tenía la seguridad de que Jon debía estar aún trabajando en ella cuando murió, creyendo que todavía le quedaba tiempo. El cumpleaños de tío Richard sería dentro de tres semanas, después de todo...

Pero a Jon se le había terminado el tiempo y este asombroso procesador de palabras, que aparentemente podía insertar cosas nuevas y suprimir cosas viejas del mundo real, olía como un transformador de tren que se estuviera friendo y empezaría a soltar humo dentro de muy pocos minutos. Jon no había tenido oportunidad de perfeccionarlo. ¿Había...

Confiado en que todavía le quedaba tiempo?

Estaba en un error. Todo era un error. Richard lo sabía. El rostro tranquilo, atento, los ojos serenos tras los gruesos cristales de sus gafas... No, no estaba confiado, ni creía en lo acomodaticio del tiempo. ¿Cuál era la palabra que se le había ocurrido antes, aquel mismo día? Predestinado. No era precisamente una buena palabra para Jon; era la palabra apropiada. La sensación de predestinación había envuelto al muchacho tan palpablemente que, a veces, Richard había querido abrazarle, decirle que se animara un poco, que a veces las cosas terminaban bien y que los buenos no siempre tenían que morir jóvenes.

Luego pensó en Roger tirando su juego de Ocho Bolas Mágicas a la acera, tirándolo tan fuerte como pudo; oyó partirse el plástico y vio el fluido mágico del juego -agua al fin y al cabo-,

deslizándose por la acera. Y esta imagen se mezcló con una imagen del viejo cachorro de Roger con, HAGSTROM REPARTOS AL POR MAYOR escrito en los costados, saltando por encima de un polvoriento acantilado, en pleno campo, golpeando de frente el fondo, con un ruido que, como Roger, no valía nada. Vio, aunque no quería verlo, el rostro de la mujer de su hermano desintegrándose en sangre y huesos. Vio a Jon ardiendo entre los restos, gritando, volviéndose negro.

Ni confianza, ni esperanza. Siempre había reflejado la sensación de que el tiempo se le escapaba. Y al final había resultado que tenía razón.

-¿Qué significa eso?- murmuró Richard mirando la pantalla vacía.

¿Cómo hubiera contestado el juego de las bolas mágicas? ¿VUELVE A PREGUNTAR? ¿DIFÍCIL Y CONFUSO? ¿O quizá CIERTAMENTE ASÍ?

El ruido que escapaba del CPU volvía a ser fuerte, y más rápido que por la tarde. Ya podía oler al transformador de tren que Jon había acoplado a la maquinaria detrás de la pantalla recalentada.

Máquina de sueños mágicos.

Procesador de palabras, de los dioses.

¿Era eso?, lo que era? ¿Era eso lo que Jon había querido regalar a su tío para su cumpleaños?

¿Lo equivalente, en espacio y época, a la lámpara maravillosa o al pozo de los deseos?

Oyó abrirse la puerta trasera de la casa y a continuación las voces de Seth y de los otros miembros de la banda de Seth. Las voces eran demasiado fuertes, ordinarias. Habían estado bebiendo o fumando droga.

-¿Dónde está tu viejo Seth?- oyó que uno de ellos preguntaba.

-Haciendo el vago en su despacho, supongo, como siempre -respondió Seth-. Creo que... -pero entonces volvió a levantarse el viento, borrando el final, pero no sus horrendas risotadas.

Richard les estuvo escuchando, sentado, con la cabeza inclinada a un lado y, se pronto, escribió:

MI HIJO ES SETH ROGER HAGSTROM.

Su dedo se posó sobre el botón DELETE.

¿Qué estás haciendo? -le chilló la mente-. ¿Lo haces en serio? ¿Te propones asesinar a tu propio hijo?

-Algo estará haciendo ahí dentro- dijo otro.

-Es un pobre imbécil -observó Seth-. Pregúntaselo a mi madre algún día. Te lo contará. Nunca ha...

-No voy a asesinarle. Voy a... borrarle.

Su dedo apretó el botón.

-... hecho nada excepto...

Las palabras MI HIJO ES SETH ROGER HAGSTROM desaparecieron de la pantalla.

Fuera, también desaparecieron las palabras de Seth.

No se oía otra cosa ahora, excepto el frío viento de noviembre, soplando negras advertencias para el invierno.

Richard apagó el procesador de palabras y salió fuera. El camino de entrada estaba vacío. El primer guitarrista de grupo, Norm no-sé-qué, conducía una monstruosa y siniestra furgoneta, una vieja LTD en la que el grupo transportaba su equipo en sus infrecuentes contrataciones. No estaba aparcada en el camino. Quizás estaba en alguna otra parte del mundo, resoplando por alguna carretera, o aparcada en el aparcamiento de algún establecimiento de hamburguesas, y Norm también estaba en alguna parte del mundo, lo mismo que Davey el bajo, cuyos ojos eran impresionantemente vacíos y que llevaba un imperdible colgado del lóbulo de una oreja, lo mismo que el del tambor, que no tenía dientes delanteros. Estarían por alguna parte, pro no aquí, porque Seth no estaba, Seth nunca había estado aquí.

Seth había sido borrado.

-No tengo hijo- masculló Richard. ¿Cuántas veces había leído esa melodramática frase en novelas malas? ¿Cien? ¿Doscientas? Nunca le había sonado a cierta. Pero ahora lo era. Ahora era verdad. Oh, sí.

El viento siguió soplando y Richard sintió de pronto un terrible espasmo, en el estómago, que le hizo doblarse, jadeando. El viento pasó explosivo.

Cuando cedió el espasmo, caminó hacia la casa.

En lo primero que se fijó fue en que las viejas playeras de Seth -tenía cuatro pares de ellas y se negaba a tirar ninguno-, habían desaparecido de la entrada. Se acercó al pasamanos de la escalera y pasó el pulgar por una sección del mismo. A los diez años (bastante mayorcito para darse cuenta, pero Lina se había opuesto a que Richard le pusiera la mano encima a pesar de ello) Seth había grabado sus iniciales, profundamente, en la madera del pasamano, una madera que Richard había pulido laboriosamente durante casi todo un verano. La había lijado y empastado y rebarnizado pero el fantasma de aquellas iniciales persistió.

Ahora habían desaparecido.

Arriba. La habitación de Seth. Estaba limpia y ordenada, no vívida, seca y carente de personalidad. Podía haber habido un letrero en la puerta, colgado del pomo, que dijera HABITACIÓN DE INVITADOS.

Abajo. Y ahí fue donde Richard se entretuvo más. Los rollos de cable habían desaparecido; los amplificadores y micrófonos, habían desaparecido; el desbarajuste de las piezas de la grabadora que Seth iba siempre a "componer" habían desaparecido (carecía de la concentración y de las

manitas de Jon). En cambio, la estancia llevaba el profundo sello (no especialmente agradable) de la personalidad de Lina..., muebles pesados, recargados, tapices de terciopelo de tema dulzón (uno de ellos representaba la Última cena en la que Cristo se parecía a Wayne Newton, otro mostraba unos ciervos a la puesta del sol en un cielo de Alaska), una alfombra agresiva de un color tan vivo como la sangre arterial. Ya no quedaba la menor huella de que un muchacho llamado Seth Hagstrom hubiera ocupado la habitación; esta habitación, o cualquiera de las otras de la vivienda.

Richard seguía aún al pie de la escalera, mirando a su alrededor cuando oyó llegar un coche.

Lina pensó y sintió una casi trepidante oleada de culpabilidad. Es Lina de regreso del Bingo, y ¿qué va a decir cuándo vea que Seth ha desaparecido? ¿Qué... qué...?

¡Asesino! La oyó gritar ¡Has asesinado a mi niño!

Pero él no había asesinado a Seth.

Le BORRÉ, murmuró, y subió a la cocina a recibirla.

Lina estaba más gorda.

Había enviado al bingo a una mujer que pesaba unos noventa kilos. La mujer que regresaba pesaba por lo menos ciento cincuenta, o más; había tenido que ladearse un poco para entrar por la puerta trasera. Unas caderas y muslos elephantinos se estremecían dentro de unos pantalones de poliéster del color de aceitunas demasiado maduras. Su tez, cetrina tres horas antes, parecía ahora enfermisa y pálida. Aunque no era médico, Richard creyó descubrir en aquella piel los síntomas de una enfermedad de hígado o una incipiente dolencia de corazón. Sus ojos cubiertos de pesados párpados contemplaron a Richard con una curiosa fijeza despectiva.

Llevaba un pavo congelado, enorme, en una de sus gordas manos. Se movía y se retorció en su funda de celofán como el cuerpo de un extraño suicida.

-¿Qué estás mirando Richard?- le preguntó.

A ti, Lina, te miro a ti. Porque así es como te has vuelto en un mundo en el que no hemos tenido hijos. Así es como te has vuelto en un mundo en el que no hay objeto para tu amor..., por venenoso que pueda ser tu amor. Así es como apareces, Lina, en un mundo, en un mundo en el que todo entra y nada sale. Tú, Lina. Esto es lo que estoy mirando. A ti.

-Eso, Lina -consiguió decir por fin-, es uno de los mayores malditos pavos que he visto en mi vida.

-Bien, pues no te quedes aquí mirándolo, idiota ¡Ayúdame!

Le cogió el pavo y lo depositó sobre el tablero de la cocina notando su desagradable frío. El ruido fue como el de un bloque de madera.

-Allí no -le gritó impaciente y le indicó la despensa-. No va a caber, metelo en el congelador.

-Lo siento- murmuró; nunca habían tenido un congelador Nunca en un mundo en el que había habido un Seth.

Llevó el pavo a la despensa, donde había un enorme congelador "Amana" brillando a la luz de los fluorescentes como un blanco y helado ataúd. Lo metió dentro junto con otros cuerpos, criogénicamente conservados, de aves y demás animales, y volvió a la cocina. Lina había sacado el bote de galletas de crema de cacahuete y se las estaba comiendo metódicamente, una tras otra.

-Era el bingo de Acción de Gracias -explicó-. Lo tuvimos esta semana en lugar de la próxima porque el padre Phillips tiene que ingresar en el hospital para que le extraigan una piedra de la vejiga. Yo gané el gordo... -sonrió. Una mezcla de chocolate y crema de cacahuete le resbalaba por la barbilla.

-Lina -le preguntó- ¿Has lamentado alguna vez que no tuviéramos hijos?

Se le quedó mirando como si se hubiera vuelto loco de remate:

-Por el amor de Dios, ¿para qué iba yo a querer una mocosa en casa?- preguntó. Apartó el bote de las galletas, reducido a la mitad, y volvió a guardarlo en el armario. -Me voy a la cama. ¿Vienes o vas a volver allí a suspirar un poco más sobre tu máquina de escribir?

-Iré un rato más, creo -contestó. Su voz era sorprendentemente firme-. No tardaré.

-¿Funciona aquel aparato?

-¿Qué...? -De pronto la entendió y sintió otro remalazo de culpa. Conocía la existencia del procesador de palabras, claro. La desaparición de Seth no había afectado para nada la existencia de Roger, y el conocimiento de la familia de Roger había persistido-. Oh. Oh, no. No hace nada.

Asintió con la cabeza, satisfecha:

-Ese sobrino tuyo. Siempre con la cabeza en las nubes. Igual que tú, Richard. Si no fueras tan corto, me pregunto si no la metiste donde no tenías que haberla metido, hace quince años. Lanzó una risotada ordinaria, sorprendentemente fuerte..., la risotada de una vieja y cínica alcahueta..., y por un momento estuvo en un tris de abalanzarse sobre ella. Luego, sintió que una sonrisa asomaba a sus labios, una sonrisa tan delgada y blanca y fría como el congelador que había reemplazado a Seth en esta nueva vida.

-No tardaré -le dijo-. Solo quiero anotar unas cosas.

-¿Por qué no escribes un cuento que gane el premio Nobel, o algo así? -preguntó indiferente. Las maderas del piso crujieron cuando inició su pesado camino hacia la escalera-. Todavía debemos la factura del óptico por mis gafas de leer y llevamos un pago de retraso del "Betamax". ¿Por qué no nos ganas más maldito dinero?

Pues, no lo sé, Lina. Pero tengo grandes ideas esta noche. De verdad.

Se volvió a mirarle, pareció como si fuera a decirle algo sarcástico..., algo sobre que ninguna de sus grandes ideas les había sacado de apuros pero que, en todo caso, se había quedado con él..., luego desistió. Quizás algo en su sonrisa la había frenado. Marchó hacia arriba. Él permaneció abajo, escuchando su paso atronador. Tenía la frente mojada de sudor. Se sentía a la vez mareado y excitado.

Dio media vuelta y se fue hacia su despacho.

Esta vez cuando conectó el aparato, el CPU ni zumbó, ni rugió; empezó a hacer un ruido desigual, un especie de quejido. El olor caliente del transformador del tren salió casi al momento desde detrás de la pantalla y tan pronto como pulsó el botón EXECUTE para borrar el ¡FELIZ CUMPLAÑOS TÍO RICHARD!, empezó a salir humo.

Queda poco tiempo, pensó. No... no es así. NO queda nada de tiempo. Jon lo sabía, y ahora yo también lo sé.

Tenía dos alternativas: traer a Seth de vuelta con el botón INSERT (sabía que podía hacerlo; sería tan fácil como lo fue crear los doblones españoles) o terminar el trabajo.

El olor se hacía más potente, más urgente. Dentro de un instante, lo mínimo, la pantalla empezaría a mandar su mensaje de SOBRECARGA.

Escribió:

MI MUJER ES ADELINA MABEL WARREN HAGSTROM.

Apretó el botón DELETE.

Escribió:

SOY UN HOMBRE QUE VIVE SOLO.

Ahora la palabra empezó a aparecer en la esquina superior, a la derecha de la pantalla: SOBRECARGA, SOBRECARGA, SOBRECARGA.

Por favor. Por favor déjame terminar. Por favor, por favor, por favor...

El humo que salía ahora de las ranuras y rejillas del vídeo era más denso y más gris. Miró al ruidoso CPU y vio que también salía humo de su rejilla... y al fondo de aquel humo pudo ver una opaca chispita roja, de fuego.

Ocho Bolas Mágicas ¿tendré salud, seré rico o sabio? ¿O viviré solo y quizá me matará la soledad y la pena? ¿Queda tiempo aún?

NO LO SÉ AHORA PRUEBA MÁS TARDE.

Excepto que no quedaba más tarde.

Pulsó el botón INSERT y la pantalla oscurecióse, excepto por el insistente mensaje de SOBRECARGA, que parpadeaba ahora a toda velocidad aunque irregular.

Escribió:

EXCEPTO POR MI ESPOSA BELINDA Y MI HIJO JONATHAN.

Por favor. Por favor.

Pulsó el botón EXECUTE.

La pantalla se vació. Durante lo que parecieron siglos permaneció vacía, excepto por la SOBRECARGA, que ahora aparecía con tal rapidez que a excepción de una ligera sombra, parecía mantenerse constantemente allí, como una computadora ejecutando una cerrada orden de mando. Algo dentro del CPU saltó y chisporroteó, y Richard exhaló un gemido.

Las letras verdes reaparecieron en la pantalla, flotando místicamente sobre el negro:

SOY UN HOMBRE QUE VIVE SOLO, EXCEPTO POR MI MUJER BELINDA Y MI HIJO JONATHAN.

Pulsó por dos veces el botón EXECUTE.

Ahora, se dijo, ahora escribiré: TODAS LAS PIEZAS DE ESTE PROCESADOR DE PALABRAS ESTABAN PERFECTAMENTE ENSAMBLADAS ANTES DE QUE MR. NORDHOFF ME LO TRAJERA. O escribiré: TENGO IDEAS PARA POR LO MENOS VEINTE NOVELAS SENSACIONALES. O escribiré: MI FAMILIA Y YO VIVIREMOS FELICES PARA SIEMPRE JAMÁS. O escribiré...

Pero no escribió nada. Sus dedos revolotearon estúpidamente por encima del teclado mientras sentía..., literalmente sentía..., que todos los circuitos de su cerebro se quedaban bloqueados como los coches en el peor bloqueo de tráfico de Manhattan en la historia de la combustión interna.

La pantalla se llenó de pronto con la palabra: ACABADO, ACABADO ACABADO ACABADO ACABADO ACABADO ACABADO ACABADO ACABADO.

Hubo otro chasquido y luego una explosión en el CPU. Salieron unas llamaradas del aparato, y después se apagaron. Richard se echó atrás en su sillón, cubriéndose la cara por si acaso explotaba la pantalla. No explotó. Solamente se apagó .

Permaneció sentado, contemplando la oscuridad de la pantalla.

NO PUEDO DECIRLO. VUELVE A PREGUNTAR DESPUÉS.

-¿Papá?

Se volvió rápidamente, con el corazón latiéndole con tal fuerza que temió que se le saltara del pecho.

Jon estaba allí, Jon Hagstrom, y su rostro era el mismo pero algo distinto..., la diferencia de paternidad entre los dos hermanos. O quizás era simplemente que aquella expresión inquieta, vigilante, había desaparecido de sus ojos ligeramente aumentados por las gafas (de montura

metálica, ahora, observó, y no la fea montura de concha industrial que Roger había comprado siempre al muchacho porque costaba quince dólares menos).

Quizás era algo todavía más sencillo: el aspecto de predestinación había desaparecido de los ojos del muchacho.

-¿Jon? -preguntó con voz ronca, preguntándose si en realidad había querido algo más que esto. ¿Era así? Parecía ridículo, pero se figuraba que sí. Suponía que la gente siempre quería más-. Jon, ¿eres tú, verdad?

-¿Quién iba a ser sino? -indicó con la cabeza el procesador de palabras-. ¿No te lastimaste cuando este bebé se fue al cielo de los datos, verdad?

Richard sonrió:

-No, estoy perfectamente.

-Lamento que no funcionara. No sé qué me hizo montarlo con todas esas piezas inútiles. -Movié la cabeza-. Por Dios que no lo sé. Es como si hubiera tenido que hacerlo. Cosas de niño.

-Bueno -dijo Richard, acercándose a su hijo y pasándole un brazo por los hombros-, quizá te saldrá mejor la próxima vez.

-Quizás. O a lo mejor pruebo otra cosa.

-Puede que sea mejor.

-Mamá dice que tiene cacao para ti, si te apetece.

-Ya lo creo -y ambos salieron juntos del despacho a una casa donde no había ningún pavo congelado procedente de un premio ganado en el bingo-. Una taza de cacao me vendrá más que bien ahora.

-Recuperaré cualquier cosa recuperable que haya en aquel trasto, mañana, y lo demás lo iré a echar al vertedero- anunció Jon.

Richard asintió, diciendo:

-Bórralo de nuestras vidas... -y entraron en la casa y al aroma de cacao caliente, riendo juntos.

FIN.